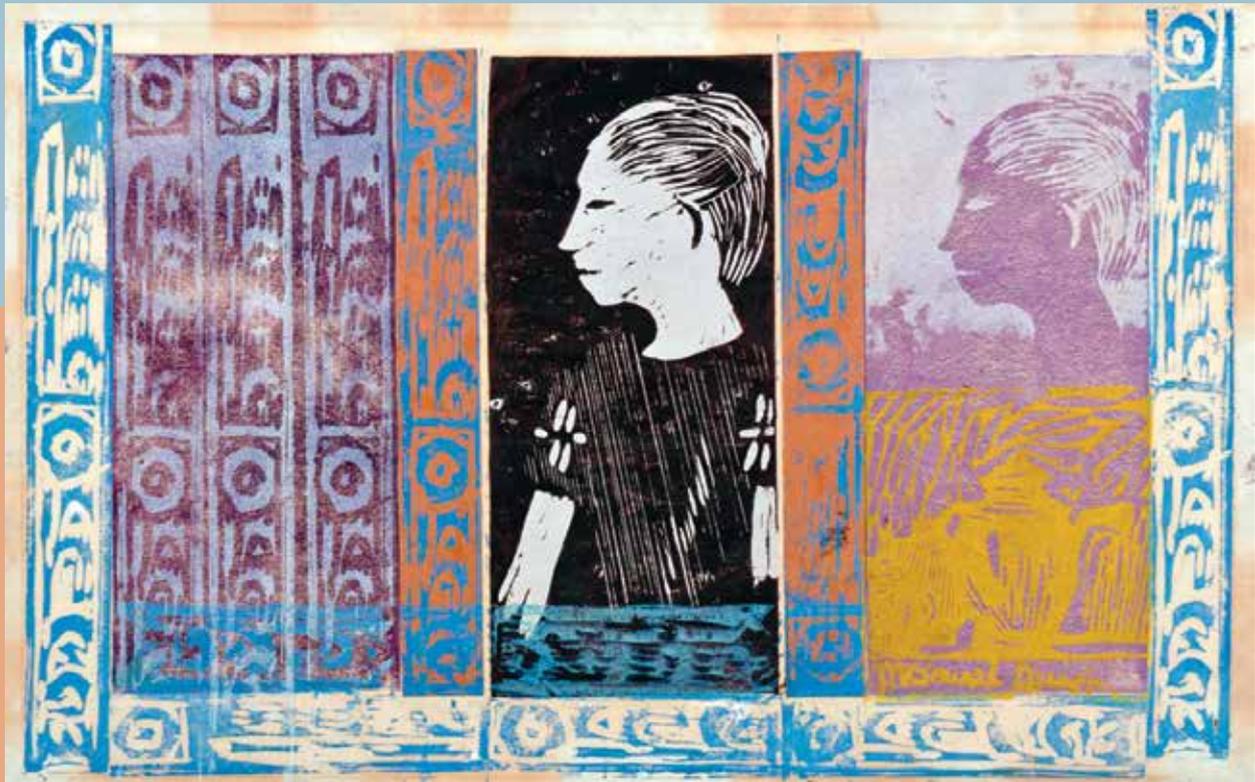




Manuel Durón: fragmentos de la adversidad

Sofía Gamboa Duarte



LA IMPARABLE ACTIVIDAD EN UNA REGIÓN ÁRIDA logró establecer, a pesar de inclementes adversidades geográficas y climáticas, la más grande producción industrial al norte y sur de México durante el siglo xx que colocó a la ciudad de Monterrey con los costos de vida más altos del país. Precisamente en esta ciudad, Manuel Durón, vendedor ambulante de golosinas y de mercería, encontró en la pintura y en el grabado una voz para expresarse.

Las dificultades económicas de Durón lo obligaron a trabajar desde pequeño y lo apartaron de cualquier otro modo de existencia donde pudiera descubrir y desarrollar sus habilidades; sin embargo, encontró en el Taller de Artes Plásticas de la Universidad de Nuevo León una actividad en la que se descubrió con fuertes aptitudes y talento.

Si bien los materiales para pintura y grabado no son económicos —su costo es equiparable a una alimentación básica—, Durón valoró la pintura



Mujer embozada

más que su propia salud, y en aras de concluir sus proyectos dedicó todo su tiempo a ellos. Con apenas una década de actividad artística, la obra de Manuel Durón alcanzó una notable maestría y prodigiosa elocuencia en algunas de sus piezas.

El universo de Durón fue construido por la clase social más humilde, la que debe conformarse con sobrevivir gracias a los desperdicios de otros, con la venta de caricias o con las monedas que alguien desee obsequiar; con vender el alimento de las entrañas a los hijos de madres ensimismadas sin tiempo ni entusiasmo para dedicarse a ser madres. Pепенadores, pordioseros y nodrizas, todos personajes urbanos marginados de las comodidades de la industria. La clase trabajadora es la más abundante en cualquier ciudad y la que debe enfrentar la lucha más pesada, sin treguas porque no hay nada para ahorrar, sin principio porque es la herencia de varias generaciones, sin final porque las mismas condiciones arrastran a la supervivencia diaria

y excluyen las posibilidades de cambiar una situación de vida donde se pueda vislumbrar un futuro distinto.

La obra de Manuel Durón no es una denuncia para llamar la atención de toda la sociedad hacia los estratos más pobres de la clase obrera, consiste en fragmentos del mundo que el artista observó cada día no como intruso, sino desde su propio centro: el mundo al que perteneció. Cuando incursionó en la actividad artística, lo hizo con tal fuerza que la estableció como su única prioridad. El aprendizaje de la técnica sólo fue el medio para plasmar las imágenes que deseaba compartir. De las artes plásticas no le importaba descubrir algún nuevo medio expresivo, ni materiales, ni herramientas; el lado creativo de la obra quedó fuera de su interés, aunque no así el estético. Lo verdaderamente esencial para el artista fue la imagen, la expresividad de la escena; que la composición poseyera y transmitiera *vida*, aquella que había contemplado cada día y que él mismo había experimentado hasta donde alcanzaba su memoria.

La figura humana es el tema central de la producción artística de Manuel Durón, pero no bajo todos sus aspectos ni en cualquier situación, el autor se inclina hacia quienes ha contemplado desde la infancia, los espíritus de aquellos que marcaron su visión del mundo y que, de alguna manera, condujeron su camino hacia la senda del arte. El artista pinta lo que ve y plasma lo que conoce; en la obra de Durón se percibe la esencia de la humanidad vista a través de los marginados por la pobreza, por el hambre y por esa sociedad que únicamente les reserva los lugares despreciados. Las circunstancias que mantienen la separación entre las clases sociales y entre los niveles económicos pocas veces pasan de un sitio a otro, y los ambientes de convivencia arrastran a los contiguos impidiéndoles la posibilidad de distintas y mejores formas de vida.

Ese sector que sufre, llora, se angustia y se consuela por motivos distintos y mucho más elementales que quienes tienen resueltas las necesidades económicas, es el punto de partida que impulsa el trabajo de Durón. Sin perder de vista el aspecto estético de la obra, sus piezas dan gran importancia a la expresión del individuo desde su interioridad. Seres ensimismados, abstraídos de la sucesión incansable del tiempo, caen absortos en completa soledad o en compañía de quienes comparten las mismas experiencias y sentimientos.

La expresión humana destacada en la obra de Durón da forma a sus personajes y construye las escenas; el discurso subyacente a su trabajo se apega a la individualidad para evitar caer en la monserga socialista, partidista o generacional. Su obra posee una expresividad magistral alcanzada en los movimientos y en las luces de las sombras; la insondable desolación que puede haber bajo el manto de una mujer, por ejemplo, es el tema que incita al pintor para realizar una obra. La tela que cubre un cuerpo puede ser tan enigmática como la situación emocional de quien la porta. Al encerrar muchas cosas, el autor alude a la experiencia y al imaginario del espectador.

La vida de la mujer mexicana de clase baja, la que trabaja en su casa y encuentra además un empleo como el lavado de ropa o la venta de su propia leche, es la que Durón conoce y encuentra cada día. En su diario tránsito por las calles de un centro desaparecido en la capital regiomontana, el artista es testigo de los quehaceres de las señoras, de sus pesares y preocupaciones, se conmueve ante ellas y les rinde homenaje con una evidencia para la historia. Son las mujeres de sus ojos, de su memoria y de su corazón.

La mujer que conoció Durón es la eterna luchadora, la que enfrenta las circunstancias, siempre adversas, con un hijo en su vientre, con dos más en cada brazo, con la fatiga a cuestas y la oscuridad bajo sus ojos, pero siempre de frente y con la disposición de pagar hasta la última cuenta de la vida. No es la mujer incansable, sino aquella que en la más profunda fatiga renace y, tras un instante de respiración, vuelve con energía renovada para enfrentar otra batalla.

La injusticia social, el maltrato de los hombres, la demanda de atención de los hijos; en suma el vivir para otros y dejar de ser ellas mismas por aquellos que irremediablemente la dejarán es una constante en la existencia de las damas de Durón. La mujer de

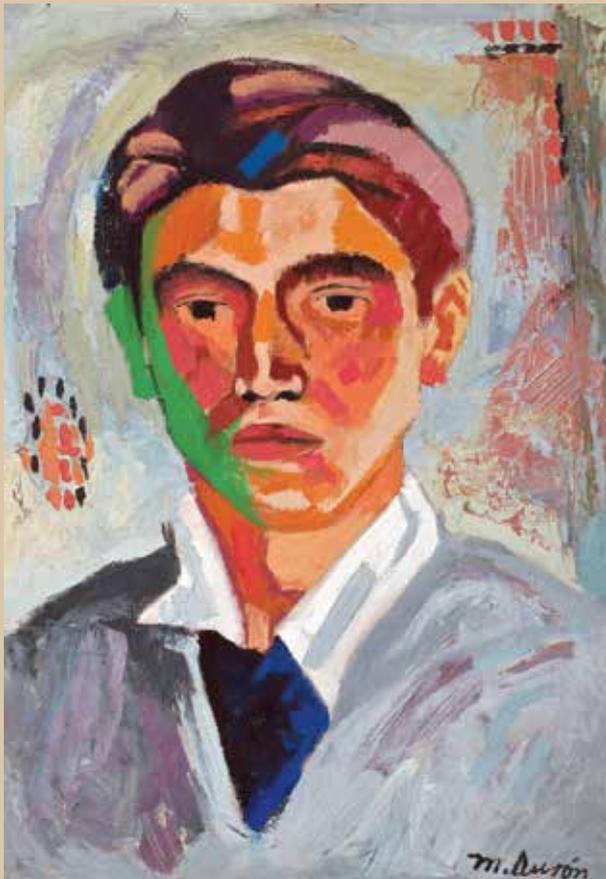
Pesadilla



las grandes urbes, así como la del campo, encuentra en el cuidado de su familia el sentido que marca los pasos de su existencia. El deber de madre la obliga a enfrentar lo que sea, a luchar y a salir de su propio ser por *ser* para otros. Aquello que le gusta, así como lo que desea, pierde sentido y cae en lo absurdo; no tiene objeto hablar de su propio ser puesto que ella ha dejado de ser una individualidad para sí, es el medio de subsistencia para los demás.

El autorretrato sugiere al artista una fascinante vía de introspección mediante la cual no sólo encuentra un acceso hacia sí mismo, sino también una forma de comunicación con los demás. Manuel Durón se pre-

Autorretrato



senta a sí mismo con total espontaneidad, sin ninguna pretensión más que la de un retrato natural. En todos los autorretratos que realizó el pintor zacatecano aparece con camisa y en algunas piezas con saco y corbata; empero, la ropa se observa tal cual la lleva puesta: con los cuellos torcidos o doblados y sin arreglar, pero perfectamente limpia. La cara también está aseada, con su abundante melena peinada hacia atrás sin que pueda calmar del todo el ímpetu de algunos mechones por estar al frente. En un óleo sobre fibracel del año de 1965, se puede ver el muro a sus espaldas bajo el enjarre que se cae en pedazos con una capa de pintura descarapelada. Los retratos más vitales realizados por Manuel Durón son los de sí mismo.

El trabajo de este artista —muerto de forma intempestiva— irradia vitalidad y frescura entre la pobreza, la soledad y la impotencia. La tragedia de la existencia deja de serlo en cuanto se tiene consciencia de que es parte de la esencia de la vida; sin ella no pudo existir el mundo. La vida exige muerte, la compañía, soledad y la esperanza, desolación. El encuentro de los contrarios permite la existencia de ambos y preguntarse el porqué o tratar de indagar los motivos por los cuales cada individuo debe representar un determinado papel en la existencia, tiene el mismo sentido que pretender escudriñar la forma final de cada insecto, animal o mineral.

Manuel Durón comprendió la esencia de las cosas y en su aceptación decidió expresarla en lugar de intentar representarla, por ello, el grado de expresividad de su obra alcanza niveles superiores; sin embargo, su carrera se quedó en los comienzos, ni siquiera se truncó, simplemente comenzó y desapareció. Probó que fue un artista, no aprendiz, imitador o estudiante. Aunque pudo transmitir sus conocimientos y su sensibilidad en la docencia, no recibe el calificativo de maestro por ello, sino por su capacidad de penetrar en la realidad y en la esencia de los objetos y de las personas, y porque encontró la manera de transmitirlo mediante la imagen. De ahí los reiterados homenajes por insistencia de quienes conocieron al artista y de aquellos que únicamente conocen su obra. Así el trabajo de Durón sigue vivo, y con él, su autor. ▀